

UN PINGÜINO EN GULPIYURI. UNA NOVELA JUVENIL POSMODERNA



RAFAEL NUÑEZ RAMOS

Rafael Ángel Núñez Ramos es catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Oviedo. Ha impartido conferencias y cursos en universidades españolas y extranjeras y realizado investigaciones en teoría literaria y análisis textual, es autor de *La poesía* (1992), *Semántica y pragmática del texto común* (1996, con Enrique del Teso), *Tres cerditos. uso, significado y metáfora* (2004, con Guillermo Lorenzo) y *El pensamiento narrativo* (2010).

Un pingüino en Gulpiyuri (Ed. Oxford, 2015), de JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ (&) es un libro del siglo XXI. Es un libro, es decir un conjunto de hojas impresas que forman un volumen, un libro de papel. Y es de nuestro siglo, porque aun siendo de papel y en su condición de tal, sus planteamientos y soluciones proceden del ambiente de hoy, dominado por las tecnologías digitales. Estas, sin embargo, aun ejerciendo su influencia, no han impuesto sus métodos ni sus mecanismos y dispositivos. Tanto en su planteamiento como en las distintas soluciones editoriales que el autor propone para los diversos retos narrativos que aborda, se intuye una influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación. Y sin embargo, el papel de estas queda en el trasfondo: han servido para sugerir soluciones,

pero potenciando las virtualidades del libro impreso, sin suplantarle ni acabarlo con él.

De hecho, en cuanto a su forma, este libro podría haber sido realidad cien años atrás, pues las huellas más sobresalientes de las nuevas tecnologías (diversidad tipográfica según las voces que se expresan, uso de emoticonos, configuración de la página, etc.) eran ya posibles con las herramientas tipográficas tradicionales. Su actualidad es una cuestión más de fondo que de forma, pues tiene que ver con la facilidad con que se integran sin confusión elementos diversos (voces, personajes, alusiones), con la claridad de la presentación, y con el dinamismo y la naturalidad de las transiciones (entre las voces, los niveles narrativos, los temas): cualidades que proceden de la fluidez y facilidad con que las nuevas tec-

nologías nos invitan a utilizar y combinar los recursos.

En segundo lugar, como señala el subtítulo, *Un pingüino en Gulpiyuri* es una novela posmoderna. Aquí radica la clave de su originalidad y de su potencia: en la condición posmoderna. Veamos por qué.

Leer no es simplemente reconocer las palabras escritas y construir una representación mental de su significado. Leer, y en especial leer ficción, implica ejecutar de manera intuitiva, semiinconsciente, otras operaciones en las que relacionamos la representación imaginaria que hemos construido con nuestras experiencias y conocimientos, con lo que pensamos de nosotros y de los demás, con lo que pensamos nosotros y pensamos que piensan ellos. Es así como nos llegamos a interesar por una serie de hechos que no han ocurrido nunca; es

así como, en definitiva, nos parece que esos hechos extraños hablan de nosotros mismos.

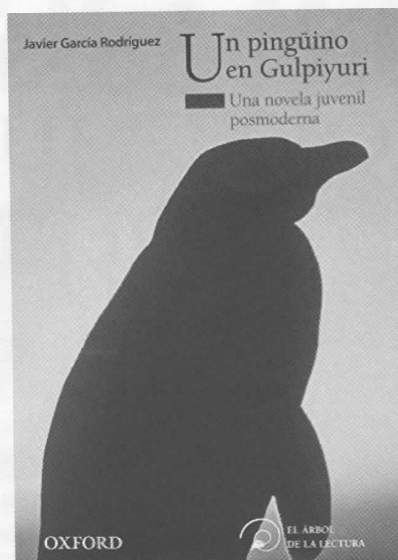
Es importante que los resultados de esas operaciones no se manifiesten explícitamente en nuestra conciencia de lector, pues entorpecerían la lectura y acabarían alejando nuestra mente del propio texto, como ocurre cuando leemos algo sin enterarnos de nada porque el pensamiento está en otra parte. Los resultados del trabajo cerebral realizado al leer no son, pues, ideas formuladas en palabras, se traducen más bien en esa impresión de veracidad y de belleza, de profundidad y universalidad, que es propia de las obras de arte.

La posmodernidad consiste, entre otras cosas, en proponer explícitamente algunos de esos recorridos mentales inconscientes, en hacer que suenen en el texto otras voces, como las que podrían estar resonando en la intimidad del lector

En *Un pingüino en Gulpiyuri* enseguida se expresa un lector que se hace preguntas sobre lo fantasioso de la historia, una voz en *off* que hace sus propios comentarios; mientras el narrador, por su parte, no solo cuenta, sino que replica a estas otras voces e incluso puede llegar a matizar su discurso influido por ellas. Basta con que el narrador anuncie la historia para levantar la tapa de la conciencia lectora y hacer sonar sus ecos:

¡En la playa de Gulpiyuri apareció un pingüino!

[Suspiro de alivio y de sorpresa.



Cara de asombro]

¿Un pingüino? ¿En Gulpiyuri? ¿Esta va a ser una de esas historias fantásticas? ¿O una de esas historias que podría haber sucedido en la realidad? Porque me parece a mí que eres un narrador fantasioso y muy poco creíble, la verdad. Ya solo el nombre de la playa es muuuuuuuuuuuuu raro. Suena como a lugar inventado, de esos que se escriben en los cuentos de hadas.

Esta irrupción de pensamientos al hilo de lo que se está contando sirve para que el lector renueve su percepción y evite los automatismos y las respuestas prefabricadas; lo instala en el relato, le hace ver su condición de agente creador, le muestra sus prejuicios y los pone a jugar con la realidad fantástica, aunque sea para cuestionarla, como se ve en el fragmento.

Es cierto que estas intervenciones que no hacen progresar la trama, sino que en cierto modo la comentan, tienen sus riesgos. Entre otras cosas, parecen

contradecir la necesidad, antes señalada, de que las evocaciones se mantengan en un nivel implícito, intuitivo y semiinconsciente. Sin embargo, cuando — como ocurre en esta obra — hay un control rígido estéticamente orientado, es decir, cuando el comentario no es una mera interpretación de los hechos, ni pretende cerrar el sentido, sino que, por el contrario, lleva al lector a tomar conciencia de que su voz es indispensable para coordinarlo todo y dotarlo de sentido (pero también para cuestionarlo y corregirlo), los ecos de la posmodernidad revelan todo su rendimiento. Así, en esta historia, tales apostillas no hacen sino multiplicar las voces internas de cada lector y profundizar en los significados, mueve a quien lee, atrapado de nuevo por el texto —pero en esta ocasión en distintos niveles de este—, hasta transformar la historia del pingüino que llega a Gulpiyuri en la historia de la lectura de dicha historia. De hecho, la historia del pingüino no se desarrolla hasta el último capítulo y calificarla como *novela*, tal como aparece en el subtítulo, apenas estaría justificado sin el juego intertextual, que aunque impregna también este último capítulo, es más abiertamente posmoderno y metacomunicativo en los precedentes. De hecho es la urdimbre intertextual de los primeros capítulos la que sirve de catapulta a la presentación de la historia del pingüino y la resolución de la historia de la propia lectura.

Por otra parte, *Un pingüino en Gulpiyuri* produce la reconfortante impresión de ser un libro escrito y realizado con amor. En primer lugar, amor a las palabras, que nos invitan a un trato abierto y festivo (empezando por los nombres propios como los de los reyes godos sobre los que se crean los de los pingüinos), y amor a las frases, que con frecuencia son una mágica amalgama de eficacia narrativa y ritmo y sonoridad poéticos:

A partir de este momento, el relato lo contaron por turnos Aureliano y su padre. Ambos nos hicieron saber cómo la bisabuela había sacado de debajo de una baldosa un saquito con cinco piedras de distintos colores, una flor seca con tallo, una cajita roja con ceniza, un frasquito con agua, una bolsita con monedas antiguas y un pergamino arrugado con un mapamundi.

También desprende la novela amor a los muchos seres que nos habitan y son memoria íntima de las personas que hemos conocido, cada una con su tono y estilo; el texto las representa y permite evocarlas por medio de sus muestras ficticias. Hay también amor a la historia, que nos nutre con las experiencias que no hemos vivido, y perfila, en breves alusiones, amplios contextos, amor a la literatura, que cabe deducir de lo antedicho (amor



Javier García Rodríguez

al hacer literario en general, al trabajo con el lenguaje para hacerle decir lo que no quiere), y que es también amor a las obras literarias que de manera más directa o subrepticia pueblan el texto; y claro está, amor al lector, al que se deja un abundante espacio para el trabajo personal pues al hacerle tomar conciencia de su papel activo, también la toma de que este no acaba con la lectura, de que puede seguir llenando con sus voces los huecos del texto o prolongando algunos de los hilos del tejido verbal que componen su trama.

Y es que *Un pingüino en Gulpiyuri* es una novela juvenil que, por la originalidad de su planteamiento, por la sabia concentración de contenido, la interacción de las voces, la fluida incorporación de saberes,

el diálogo intertextual con la historia, con la literatura, con la geografía y la biología estimula una lectura de alta calidad. Esta se puede traducir en un trabajo de consulta o repaso (en la memoria personal o en la colectiva de los libros), de comparación (de unas palabras con otras, de tonos, estilos, textos), de reflexión y de creación imaginativa. En resumen, un trabajo íntimo e individual, que admite también una proyección colectiva y reglamentada, en el aula, para el aprendizaje del modo de ser de la literatura y de todos sus resortes.

Decíamos que es una novela *juvenil*, no ya por la trama principal, sino por el entramado posmoderno, en el que una historia que puede parecer más cercana al imaginario infantil, se glosa, se conecta con el conocimiento colectivo y se imbrica con otras historias igual de fantásticas, como la de Aureliano Buendía cuando fue a conocer el hielo. En el relato, estas historias se encadenan, pero en la experiencia de la lectura se proyectan unas sobre otras, se iluminan mutuamente y, lo que es fundamental, iluminan la historia de cada lector. Es una novela juvenil, sí, para el joven que todos llevamos dentro y espera libros como este, que nos lo hagan sentir y reconocer ■

(&) JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ (Valladolid, 1965) es autor de los libros de poemas "Los mapas falsos" "Estaciones" y "Qué ves en la noche". En prosa, de "Mutatis mutandis" "Barra americana" y una selección de sus artículos y crónicas de prensa titulada "Líneas de alta tensión: literatura crónica que viene a cuento". En el ámbito de la literatura infantil y juvenil ha publicado el álbum ilustrado "La tienda loca" y "Un pingüino en Gulpiyuri".